

Homilía en la Basílica de la Virgen de la Caridad de Cartagena
Domingo XXIII del Tiempo Ordinario
9 de Septiembre de 2018

Excelentísimo y Reverendísimo Mons. D. José Manuel Lorca Planes, Obispo de esta Diócesis de Cartagena,
Reverendo Padre Rector de esta Basílica, Reverendos sacerdotes concelebrantes,

Queridos hermanos y hermanas:

Es para mí una gran alegría comenzar mi breve visita a la Diócesis precisamente en esta milenaria ciudad portuaria que nos habla del testimonio vivo de la fe de los primeros cristianos, que desde la llegada del Apóstol Santiago, supieron mantener la fe verdadera a lo largo de los siglos, incluso en difíciles periodos de persecución. Agradezco mucho al Señor Obispo su amable invitación para venir a Cartagena y la fraterna acogida que me está dispensando en estos días.

Hemos querido ponernos hoy bajo la protección de la Patrona de Cartagena, la Virgen de la Caridad, para presentar mi acción de gracias al Señor por los grandes dones que Él ha derramado en todo el orbe, a través de los grandes misioneros que con valentía dejaron estas hermosas tierras para abrir las puertas del Evangelio en diversas partes del mundo, en especial en Honduras, donde tengo el honor de representar al Santo Padre.

Precisamente en el centro del Evangelio de hoy (*Mc 7, 31-37*) hay una pequeña palabra, muy importante. Una palabra que —en su sentido profundo— resume todo el mensaje y toda la obra de Cristo. El evangelista san Marcos la menciona en la misma lengua de Jesús, en la que Jesús la pronunció, y de esta manera la sentimos aún más viva. Esta palabra es «*Effetá*», que significa: «ábrete».

He aquí el significado histórico, literal, de esta palabra: aquel sordomudo, gracias a la intervención de Jesús, «se abrió»; antes estaba cerrado, aislado; para él era muy difícil comunicar; la curación fue para él una «apertura» a los demás y al mundo, una apertura que, partiendo de los órganos del oído y de la palabra, involucraba toda su persona y su vida: por fin podía comunicar y, por tanto, relacionarse de modo nuevo.

Pero todos sabemos que la cerrazón del hombre, su aislamiento, no depende sólo de sus órganos sensoriales. Existe una cerrazón interior, que concierne al núcleo profundo de la persona, al que la Biblia llama el «corazón». Esto es lo que Jesús vino a «abrir», a liberar, para hacernos capaces de vivir en plenitud la relación con Dios y con los demás.

Por eso decía que esta pequeña palabra, «*Effetá*» —«ábrete»— resume en sí toda la misión de Cristo. Él se hizo hombre para que el hombre, que por el pecado se volvió interiormente sordo y mudo, sea capaz de escuchar la voz de Dios, la voz del Amor que habla a su corazón, y de esta manera aprenda a su vez a hablar el lenguaje del amor, a comunicar con Dios y con los demás.

Por este motivo la palabra y el gesto del «*Effetá*» han sido insertados en el rito del Bautismo, como uno de los signos que explican su significado: el sacerdote, tocando la boca y los oídos del recién bautizado, dice: «*Effetá*», orando para que pronto pueda

escuchar la Palabra de Dios y profesar la fe. Por el Bautismo, la persona humana comienza, por decirlo así, a «respirar» el Espíritu Santo, aquel que Jesús había invocado del Padre con un profundo suspiro, para curar al sordomudo.

Hoy pido al Señor por esta querida Iglesia Diocesana de Cartagena, para que Cristo, a quien vemos en el Evangelio abrir los oídos y desatar el nudo de la lengua al sordomudo, siga abriendo el corazón de sus sacerdotes, sus religiosos y religiosas, de sus seglares y especialmente de sus misioneros. Pido a Dios, por intercesión de la Virgen de la Caridad, que les dé siempre la alegría de la escucha de su Palabra y la valentía del anuncio de su Evangelio. Este es el itinerario de salvación, iluminado por la luz de la Palabra de Dios y alimentado por los sacramentos, que la Iglesia quiere llevar a toda la tierra.

Queridos hermanos y hermanas, cuando el corazón se extravía en el desierto de la vida, no tengáis miedo, confiad en Cristo, el primogénito de la humanidad nueva, que es la Iglesia, una familia de hermanos construida en la libertad y en la justicia, en la verdad y en la caridad de los hijos de Dios. De esta gran familia forman parte santos queridos para vosotros: San Isidoro, San Fulgencio, San Leandro y Santa Florentina. Que ellos os conserven siempre unidos en profunda comunión con vuestro Obispo y con el Sucesor de Pedro y alimenten en cada uno el deseo de proclamar, con las palabras y las obras, la presencia y el amor de Cristo.

Nos dirigimos ahora en oración a María santísima, la Virgen de la Caridad. Por su singular relación con el Verbo encarnado, María está plenamente «abierta» al amor del Señor; su corazón está constantemente en escucha de su Palabra. Que su maternal intercesión nos obtenga experimentar cada día, en la fe, el milagro del «*Effetá*», para vivir en comunión con Dios y con los hermanos. Que así sea.

+ Novatus Rugambwa
Nuncio de Su Santidad el Papa en Honduras